

JOHN MAYNARD KEYNES

POLÍTICA Y FUTURO

ENSAYOS ESCOGIDOS

Traducción de
Roberto Ramos Fontecoba

PÁGINA INDÓMITA

Título original de los ensayos: *A Short View of Russia* (1925),
The End of Laissez-Faire (1926), *Am I a Liberal?* (1925), *Liberalism
and Labour* (1926), *Clissold* (1927), *Economic Possibilities for our
Grandchildren* (1930), from *Elizabeth Johnson, Donald Moggridge
(eds.), The Collected Writings of John Maynard Keynes,
Vol. 9: Essays in Persuasion* (1978)

© The Royal Economic Society 1931, 1972, 2010, 2013,
published by Cambridge University Press

Traducción autorizada por Cambridge University Press

© de la traducción, Roberto Ramos Fontecoba

© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.

Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona

www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو

Ilustración de cubierta: David Low

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición: junio de 2015

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-943664-2-0

Depósito legal: C-698-2015

ÍNDICE

Nota a la presente edición	11
Breve panorama de Rusia (1925)	17
Prefacio	17
¿Qué es la fe comunista?	22
La economía de la Rusia soviética	31
La capacidad de supervivencia del comunismo	38
El fin del <i>laissez faire</i> (1926)	49
¿Soy liberal? (1925)	89
Liberalismo y laborismo (1926)	111
Clissold (1927)	121
Las posibilidades económicas de nuestros nietos (1930)	133

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Tras la Primera Guerra Mundial, John Maynard Keynes, por entonces miembro de la Administración Pública británica, representó al Ministerio de Hacienda en la Conferencia de Paz celebrada en París en 1919. Las duras condiciones impuestas a Alemania en el posterior Tratado de Versalles provocaron su rechazo y le llevaron a dimitir y redactar *Las consecuencias económicas de la paz*, obra que se convirtió inmediatamente en un *best seller* y le reportó fama internacional.

Durante la década siguiente Keynes contribuiría a estimular el debate público a través de conferencias, artículos y cartas aparecidos en prensa y revistas, y breves ensayos publicados por Hogarth Press, la editorial de Virginia y Leonard Woolf vinculada al Círculo de Bloomsbury, del que Keynes formaba parte. A pesar de su moderación, dichos escritos se consideraron en su momento «declaraciones exageradas e imprudentes», debido sobre todo a que contradecían la opinión predominante. Como el propio Keynes señaló, «era dolorosamente consciente de que me hallaba bajo la sombra

de la sospecha, de que muchos se levantarían contra mí y pocos me apoyarían».

El mismo autor reunió estos escritos en 1931, en un volumen titulado *Ensayos de persuasión*. Las tres primeras partes de la obra se centran en las grandes controversias de la década previa — el Tratado de Paz y sus consecuencias, las políticas de deflación y la vuelta al patrón oro —, batallas que ya se habían ganado, sobre todo por «la presión irresistible de los hechos» y «la lenta erosión de los prejuicios». Sin embargo, las partes cuarta y quinta incluían otro tipo de ensayos completamente diferente, en los que, en palabras del propio Keynes:

El autor mira hacia el futuro más lejano y reflexiona sobre asuntos que necesitan una lenta evolución para poder ser resueltos. Es más libre para ser pausado y filosófico. Y aquí asoma con mayor claridad la verdadera tesis central desde el principio hasta el fin: la profunda convicción de que lo que podríamos resumir como el problema económico, es decir, el problema de la necesidad, la pobreza y la lucha económica entre clases y naciones, no es sino una desagradable confusión, una confusión transitoria e *innecesaria*. Puesto que el mundo occidental ya dispone de los recursos y la técnica, podríamos desarrollar una organización capaz de usarlos y reducir el problema económico, que ahora absorbe nuestras energías morales y materiales, a una posición de importancia secundaria.

Dichas partes, «Política» y «El futuro», son las que conforman la obra que el lector tiene en sus manos. En ellas se incluyen los ensayos *Breve panorama de Rusia* (1925), *El fin del laissez faire* (1926), *¿Soy liberal?* (1925), *Liberalismo y laborismo* (1926), *Clissold* (1927) y *Las posibilidades económicas de nuestros nietos* (1930).

Hemos tomado como referencia la edición de Elizabeth Johnson y Donald Moggridge para *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, de la Royal Economic Society de Londres, publicada por Cambridge University Press. En la edición de 1931 Keynes había abreviado algunos de estos ensayos, omitiendo partes que estaban presentes en los textos originales publicados en diversos medios, mientras que las ediciones posteriores de la Royal Economic Society recuperan dichas partes. Estas (desde frases hasta capítulos enteros) aparecen marcadas con el símbolo § (al principio y al final del texto omitido). Asimismo, una breve nota editorial precede a cada uno de los ensayos.

I
BREVE PANORAMA DE RUSIA

Keynes escribió los tres artículos publicados más tarde como Breve panorama de Rusia cuando él y Lidia Lopokova visitaron el país en 1925, poco después de contraer matrimonio. Los textos aparecieron primero en The Nation and Athenaeum, los días 10, 17 y 24 de octubre de 1925, y fueron reimpresos por Hogarth Press como una de las series de Hogarth Essays en diciembre del mismo año. Originalmente Keynes incluyó los capítulos I y III en Ensayos de persuasión.

§ PREFACIO

Los capítulos que siguen son el fruto de una breve visita a Rusia en septiembre del año 1925, hecha por un ignorante del idioma y el país, pero que no carecía de conocimiento de las gentes e iba acompañado de un intérprete. La ocasión la proporcionaron las celebraciones del bicentenario de la Academia de Ciencias, antes Academia Imperial de San Petersburgo, ahora de Lenin-

grado, en las que representé a la Universidad de Cambridge.

No se basan en un conocimiento profundo o una experiencia cercana, y no reclaman autoridad como tales. Tienen valor como las meras impresiones de un observador cuyos prejuicios no deformaban especialmente su visión, y que se esfuerza por transmitir de la mejor forma posible el impacto que el país le ha causado.

En lo que sigue aplico con frecuencia el epíteto *religioso* a los discípulos de Lenin. A juzgar por las cartas que recibí cuando estos artículos fueron apareciendo en *The Nation*, creo que los ingleses entenderán lo que quiero decir, aunque en Rusia habrá pocos que aprueben o comprendan este uso del lenguaje. A los propios bolcheviques la palabra les parecerá estúpida y ofensiva, un mero abuso vulgar, como si llamase bolchevique al arzobispo de Canterbury (calificativo que, si observa los preceptos del Evangelio con rigor, puede merecer realmente). Porque ellos pretenden ser justamente lo contrario. Religión, misticismo, idealismo: es parte del credo leninista que todas esas materias son sandeces y basura, ellos son materialistas y realistas, tienen los pies en la tierra. ¿Acaso no ordenaron el otro día que en las bibliotecas proletarias «la sección de religión debe contener solo literatura antirreligiosa»?

Puede que las razones de que la religión tenga un sabor desagradable para los paladares rusos se encuentren perfectamente en el pasado. Puede que se trate de

un uso coherente e inteligible del lenguaje, según el cual solo son religiosos los místicos de la Alta Iglesia, mientras que quienes intentan encontrar un mejor camino en la tierra son irreligiosos, según el cual los gritos de los derviches danzantes son religiosos y el Sermón de la Montaña es irreligioso, Rasputín era religioso y Tolstoi irreligioso. Por lo tanto, permítanme explicar por adelantado que cuando digo que el leninismo puede estar inspirado por un fervor religioso, no insinúo que los comisarios sean místicos de la Alta Iglesia, derviches danzantes o rasputines vestidos de paisano.

Para los lectores ingleses estas explicaciones son probablemente innecesarias, ya que aquí hace largo tiempo que reconocemos dos ramas de la religión, la alta y la baja, una de sonámbulos místicos y otra de idealistas pragmáticos. Hay dos formas de sublimar el egoísmo materialista: una en la que el ego se funde en una unión mística sin nombre, y otra en la que se funde en la búsqueda de una vida ideal para toda la comunidad humana. Quienes recurren a la primera pueden pasar por alto o ignorar la segunda; muchos seguidores de la segunda condenan la primera porque les parece un autoengaño y una muestra de permisividad con la holgazanería. Ahora bien, ha sido característico de algunos grandes dirigentes religiosos el pertenecer a ambas clases a la vez. En cualquier caso, cuando hablo de religión no incluyo solo al primer grupo sino a ambos.

Algunas personas famosas pueden servir para ilustrar mi explicación. A mi juicio, ciertos políticos franceses como Poincaré, seguidos muy de cerca por algunos políticos de los Estados Unidos, se encuentran entre los hombres más irreligiosos en el mundo actual, mientras que Trotski, Bernard Shaw y Baldwin, cada uno a su manera, están entre los más religiosos. No olvido que Trotski ha escrito:

Que la revolución de los trabajadores se acepte en nombre de un elevado ideal no solo significa rechazarla, sino calumniarla. Todas las ilusiones sociales que la humanidad ha depositado con entusiasmo en la religión, la poesía, la moral o la filosofía han servido solo para engañar y cegar a los oprimidos. La revolución socialista desenmascara el «delirio» y lo «sublime», así como los engaños humillantes, y lava con sangre la máscara de la realidad. Es fuerte en la medida en que es realista, racional, estratégica y matemática. ¿Acaso necesita la revolución, la misma que tenemos enfrente, la primera desde el comienzo de los tiempos, ser aliñada con estallidos de romanticismo, como si un guiso de gato necesitase una salsa de liebre?

Pues Trotski también anhela «una sociedad que se habrá desembarazado del yugo de la penuria y de la embrutecedora preocupación por el pan de cada día [...] en la que el liberado egoísmo del hombre — ¡una fuerza

poderosa! — se dirigirá por completo hacia la comprensión, la transformación y la mejora del universo». Ni siquiera él confunde el fin con los medios:

La propia revolución no es todavía el reino de la libertad. Al contrario, es el desarrollo de la «necesidad» hasta el grado más alto... la literatura revolucionaria no puede sino estar imbuida del espíritu del odio social, un odio que en la era de la dictadura del proletariado desempeña el papel de un creativo factor histórico. Sin embargo, bajo el socialismo la solidaridad será la base de la sociedad. La literatura y el arte serán afinados en otra clave. Todas las emociones que ahora los revolucionarios tememos nombrar — pues tanto han abusado de ellas los vulgares hipócritas —, tales como la amistad desinteresada, el amor al prójimo o la simpatía, serán los poderosos acordes de la poesía socialista.

Uno tiene la impresión de que esas palabras no sonarían con la misma sinceridad, seriedad o fuerza emocional si fueran pronunciadas, por ejemplo, por Mussolini o el presidente Calvin Coolidge. Puede que el Duce sea un vividor susceptible de reformarse, y el presidente, una persona respetable cuya salvación está fuera de toda duda. ¿Qué son en realidad? No puedo decirlo con certeza, pues estas cuestiones se hacen obvias con la proximidad pero son difíciles de captar desde la distancia. Antes de viajar a Rusia tenía las mismas dudas sobre los

comunistas. Lo que he obtenido *in situ*, y no podría haber obtenido en ninguna otra parte, es una respuesta parcial. §